
Juan María Gutiérrez

(INTRODUCCIÓN A UN ESTUDIO SOBRE LITERATURA COLONIAL)

Cada vez que se trata de buscar precedentes en los anales de la cultura de los pueblos del Plata á determinada actividad del espíritu, ó de relacionar las iniciativas y los esfuerzos con que las generaciones que se han sucedido en su historia han contribuido intelectualmente á esclarecerla, aparece con particularísimo relieve, á los ojos de la posteridad, la obra debida á los hombres de aquella época turbulenta y gloriosa que se vincula dignamente por las energías de la idea, el nervio de la acción y la majestad de las virtudes, á la de la emancipación que inmediatamente la precede, y supo compartir con las porfias de la organización y de la lucha política, una labor mental encaminada á objetivos de interés duradero que aun se nos impone como la más alta y honrosa tradición de la intelectualidad de nuestras sociedades, maravillándonos por las condiciones del tiempo en que se realizó.

Un superficial examen sería suficiente para constatar en el legado intelectual de esa época muchos nobles ejemplos que se han dejado caer en el vacío, muchas ideas fecundas que no han proseguido al través de otras generaciones el vuelo alzado en el espíritu de aquélla.

Puede contarse entre las que no han logrado dominar esta culpable indiferencia latente en la atmósfera moral que respiramos, la obra de aclaración de los orígenes de la actividad literaria de los pueblos de América y las tradiciones de la cultura colonial: objeto interesantísimo de estudio, que no ha pasado todavía del límite marcado por los trabajos de meritoria iniciación que debe á los afanes de una venerable existencia, en la que se personifican, con más exactitud que en la de ninguna otra figura de nuestra historia, el entusiasmo de la labor intelectual y los empeños de la investigación erudita.—Y como la ausencia de continuadores de su ejemplo contribuye á que se enlace aun más íntimamente con él el nombre del iniciador, procederemos la consideración de la labor estudiosa dedicada por el doctor don Juan María Gutiérrez á aquel ob-

jeto histórico, con el cabazo de su esclarecida personalidad y la sumaria apreciación de las facultades que puso eficazmente al servicio de tan noble tarea.

La juventud del eminente crítico y humanista destacóse gallarda sobre el fondo luminoso de una época de renacimiento intelectual.

Cuando la poesía, animada de nueva inspiración, desplegaba sobre la frente del grupo juvenil de que era parte Gutiérrez la enseña del americanismo literario y de la emancipación del sentimiento y la forma, con el esfuerzo poderoso de "La Cautiva", y la palabra de la alta propaganda política, enmudecida desde 1828, alzabase de nuevo, de este lado del Plata, en las columnas de la prensa que empieza con el bien llamado "Iniciador" y la más tarde, en el diario de Florencio Varela, el símbolo y la imagen de una época que vive indisolublemente vinculada en el recuerdo de la posteridad a su nombre, como el de "El Nacional" de Armand Carré a las ideas de 1830 ó el de "La Gaceta" de Mariano Moreno a la propaganda inicial de la Revolución.—empezó a manifestarse también en esta misma prensa brillante y entusiasta una función del pensamiento que apenas tenía estimables precedentes en las anteriores manifestaciones de la cultura argentina: nació entonces la crítica literaria.

Fue en sus primeras justas donde tuvo punto de partida la reputación de Gutiérrez, aumentada luego con los lauros del poeta en memorable certamen, y al ejercicio de la crítica se concretó asimismo la actividad de su período de madurez, asociándola entonces a los trabajos de investigación que comentaremos.—Sólo en nombre de Alberdi podría disputársele, en esta manifestación intelectual, la representación más autorizada de su época; acaso el ilustre discípulo de Larra fué superior en señalar las relaciones morales y sociales de una obra ó escuela, llevó más hondo la penetración del pensador; pero en la crítica de Juan María Gutiérrez hay más desinterés artístico, más pasión por la pura belleza literaria.

Las tendencias que así en las manifestaciones de su crítica como en sus inspiraciones de poeta reveló, atribuyen a su personalidad un significado de conciliación ó independencia respecto de las ideas que luchaban en el espíritu de sus contemporáneos.

El magisterio intelectual, en la generación que se agrupaba en 1837 bajo la bandera de la "Asociación de Mayo" y que apenas salida de los claustros de la Universidad que veía desmayar en su seno las luces de la grande época presidencial, asediada por los recelos de la tiranía, siguió los pasos de los representantes de aquella tradición luminosa en el camino de la proscripción, para concentrar dentro de los muros de Montevideo la vitalidad de una época destinada a superar el brillo de la que la precedió, fué compartido por dos excelsos espíritus dirigentes en los que se personifican las tendencias en lucha en aquel período de interesante animación de las ideas, así como tuvieron en ellos los directores de su propaganda opuestos ideales de reorganización política.

Tocó a Florencio Varela, el representante en el seno de su generación del patriciado intelectual de la época de Rivadavia, el heredero de la inspiración del poeta de Ituzingó, prestar su voz a las postreras influencias del clasicismo, a la reivindicación de las severidades de la disciplina literaria y el culto de la forma. En tanto Echeverría alentaba con la propaganda y el ejemplo la marcha de la idea revolucionaria, identificando a la grande obra que él denominó de *fundación de ciencias*,

a la renovación del ideal filosófico y político de una generación, el triunfo del espíritu nuevo en poesía.

Admirador Gutiérrez de buena parte de las novelas románticas, y naturalmente vinculado a las tendencias de la nueva escuela, en lo que ella tenía de negación de infecundas limitaciones por el entusiasmo con que su espíritu adhería a todo lo que significara un ensanchamiento del horizonte intelectual, a toda manifestación de libertad y de vida, acertó a conciliar el beneplácito que le merecieron las iniciativas del autor del "Dogma de Mayo" con el amor, a que nunca renunció, por los antiguos modelos literarios, y vió pasar desde serenas alturas del criterio los apasionamientos de la lucha.

Bajo ese aspecto, la significación que a su crítica y su poesía puede atribuirse es semejante a la que tuvo dentro del romanticismo español, que fué su ambiente literario, la personalidad de otro argentino ilustre: la personalidad de Ventura de la Vega, a quien correspondió representar en el seno de la generación que Lista había educado en el culto de los clásicos y que olvidó después, cediendo a los prestigios del romanticismo naciente, la fidelidad a las devociones de la primera juventud, el más equilibrado consorcio de esas dos influencias armonizadas por la tendencia natural de un temperamento literario dotado de esa clara intuición del orden artístico, de esa "natural urbanidad" del buen gusto, de esas delicadezas de la concepción y de la forma, que fueron también el privilegio de Gutiérrez entre los hombres de su generación.

No han faltado quienes le atribuyesen el papel de un clásico rezagado y vergonzante, pero lo cierto es que sus ideas le aproximaban más al culto nuevo que a la adoración de los viejos dioses.—Hubo también en la revolución de la literatura la Gironda y la Montaña; y acaso no podríamos escoger un medio más certero de sintetizar la peculiar significación de nuestro humanista, que figurármolo como un girondino de esa revolución: como un representante del sentimiento de fraternidad en la república literaria, extraño siempre a las iracundias montañesas con que el formidable luchador del "Facundo", en las polémicas del otro lado de la Cordillera, arremetía contra las aras de la tradición intelectual personificada en Andrés Bello, a quien trataba, según frase de Lucio Vicente López, "con modales de Atila".

Gran condición del pensamiento de Gutiérrez es ese espíritu de fecunda y luminosa serenidad, el horizonte amplísimo en que se dilatan sus admiraciones y entusiasmos, no limitados nunca por exclusivismos de gusto personal ni por intolerancias de escuela, su capacidad para comprender todas las formas de lo bello dentro del arte literario ó identificarse con los más diversos estímulos de inspiración.

Esta soberana libertad del criterio, que no ha de confundirse con la indiferencia doctrinal erigida en principio regulador del juicio de arte por cierto superficial escepticismo estético hoy en boga, ni con las incertidumbres de ese pálido eclecticismo que nace de la flojedad de la convicción ó de la ausencia de amor y de entusiasmo por determinado ideal que imprima carácter y de nervio a la personalidad del escritor, debe tenerse acaso por la más alta cualidad de la crítica y por el más triunfal y hermoso resultado que sea posible al espíritu alcanzar en la contemplación y el juicio de lo bello.

Tanto más límpida y profunda es la visión del pensador cuanto más ha franqueado los horizontes de su inteligencia a lo que el poeta llama "los cuatro vientos del espíritu".

y en tal sentido podría decirse que en la alocución del alma del crítico grande y generoso es indispensable elemento una buena porción de aquella sustancia cósmica, vaga, dotada de infinita elasticidad, sensible y dócil a la presión de todos los resortes humanos, fácilmente adaptable a las más opuestas manifestaciones del pensar y el sentir, que veía el gran estético de la Enciclopedia en el alma multiforme del cómico.

Fue Juan María Gutiérrez de los favorecidos con ese altísimo dón intelectual, y por eso su figura se destaca noble y serena y hay en su crítica la eterna oportunidad del juicio no empañado por las nieblas de la intolerancia ó la pasión.

JOSÉ E. RODÓ.

(Concluirá)

LUCHAR

Es preciso luchar, si es que anhelamos destrozada mirar esa cadena que el alma de los libres envenena con su lúgubre y áspero sonar. Es preciso, orientales, que trocemos los malditos é infames eslabones que pretenden sacrilegos mandones al pie de nuestra patria remachar.

Es preciso luchar: que sin la lucha los pueblos que se sienten oprimidos se verán cada día más hundidos en el piélago impuro del poder: la humanidad entera nos enseña, con los ejemplos de la edad pasada, que, luchando, la llama amortiguada de libertad se mira renacer.

Ved allí los hebreos en Egipto, que después de llevar una existencia paserosa, colmada de violencia, humillados por déspota opresión, a la voz del Profeta se levantan y, a través de violentas tempestades, consiguen alcanzar las libertades privadas por el duro Faraón.

Ved allí al filósofo de Atenas, que luchando con fe por su doctrina antes que abandonarla determina el fallo de los jueces consentir, y apurando la copa de cicuta sostiene aún con espantosa calma: *que no puede morir nunca su alma...* y tranquilo resignase a morir.

Ved la Grecia, que yace alestargada, rendida por la lucha fratricida, levantarse de pronto decidida a la voz del tribuno colosal; y mirando su honor atropellado, sus santas libertades ya por tierra, clamar de pronto: ¡vamos a la guerra a luchar con la fuerza material!

Ved al pueblo de Rómulo azotado por el látigo infame del yugo, que lo amarra, cobarde, bajo el yugo y le quita su noble intrepidez... Pero ved que la chispa de Lucrecia,

(*) Poesía leída por su autor en el certamen literario-musical celebrado en el Teatro Salís por la "Sociedad Universitaria" el 10 de agosto de 1882.